

dolor, y se desmayó en los brazos de sor María.

CAPITULO III.

ESTA buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en sí á Amanda de este demayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en caruaje á Santa Catalina, y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar fue conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acojida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar, pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada para respetar su dolor, y á la que quedó muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la fiesta de la Santa patrona del convento que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño hasta que la hubieron despertado unos sonidos dulces y armoniosos. En el primer momento de despertarse estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos estaba al extremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó ménos fuerza segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un himno en honor de su Santa.

Miéntas que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los ob-



jetos. Para aclarar sus dudas se levantó, y se convenció que habria podido creer á su primera impresion.

Ella volvió á caer sobre la cama, exclamando: ¡Cielos! ¿quién puede haber conducido á Mortimer aquí? El nada respondió, pero poniendo una rodilla en tierra *tomó las manos de Amanda entre las suyas, y las llevó á sus labios.* Amanda agitada por la grande conmocion que dejaba ver Mortimer, le dijo: Milord, ¿qué venis á hacer aquí?

Yo vengo, dijo él con una voz mal asegurada, á saber si Miss Fitzalan quiere mirarme aun como á su amigo. Esto segun, le respondió ella; pero mientras permanezcáis en esta postura no puedo responder á vuestra pregunta.

Lord Mortimer se levantó, y sentándose á su lado le pidió la explicacion de la respuesta que acababa de darle. Yo no puedo, dijo ella, conservar por vos un sentimiento de simple amistad sino con algunas condiciones. La primera, Milord, es que justificaréis á mi padre en la opinion de Lord Cherbury de haber favorecido nuestra amistad, y que contándole el modo con que ha nacido y sus progresos, borraréis de su imaginacion las injuriosas sospechas que ha formado contra mi desgraciado padre. Vos me diréis tal vez, que esto es inútil en el dia, que estas sospechas no le

pueden alcanzar; pero, Milord, es un deber sagrado para mí lavar su memoria de las reconvençiones de que ha sido objeto por mi respeto.

Os prometo solémnemente, le dijo Lord Mortimer, que seréis obedecida. Es una deuda de justicia que habia resuelto pagar ántes que me dieseis la órden para ello. No hace sino muy poco que he sido instruido de las calumnias que le habian denigrado en el concepto de mi padre, y no sé aun quien es el enemigo que le ha hecho tan mal servicio. El mismo puede ser, replicó Amanda, que ha tendido tantos lazos bajo mis pies, y que me ha hecho experimentar todos los tormentos, excepto los que trae consigo una conciencia culpable.

La segunda condicion que exijo de vos, Milord, es, que si ois pronunciar mi nombre con menosprecio por alguno de los del corto número, cuyo voto es en mi concepto de algun precio, y que en adelante me manifestarian alguna estimacion, querais defenderme diciendo solamente que no merezco el desprecio de que me cubren. Creedme inocente, y persuadiréis fácilmente á los demas que lo soy. Vos podeis pensar, Milord, que yo misma no puedo mirarme como tal despues de lo que habeis visto con vuestros propios ojos. ¡Ah Milord! estas pretendidas pruebas han sido dirigidas por la malicia y la traicion, para perderme en

el concepto de mis amigos, y con la esperanza de obligarme á cometer el crimen del que habia ya sufrido toda la vergüenza y parecia culpable á la vista de todos.

Ciertamente en este momento solemne que acabo de ver á mi desgraciado padre volver al seno de nuestra madre comun; cuando el alma oprimida de dolores y el cuerpo debilitado por tantas fatigas me veo en el borde de la misma tumba, seria el mas despreciable de los seres, si me atreviese á asegurar mi inocencia contra el testimonio de mi conciencia que me desmentiria. No, Milord: haciéndome culpable de una falsedad tal, añadiria al crimen una locura verdadera, pues que yo misma me privaria por mi obstinacion y mi dureza de la dicha que puede, en la vida futura, indemnizarme de todo cuanto he sufrido.

¡O Amanda! exclamó Mortimer, el cual durante el tiempo que habia hablado iba y venia en el aposento con grande agitacion, vos me persuadiréis casi contra el testimonio de todos mis sentidos.

Casi, replicó Amanda. Veo, Milord, que no estais aun dispuesto á creerme; pues si conservais vuestras prevenciones, ¿qué motivo os ha podido atraer aquí? ¿Es para mas aseguraros de que soy culpable? ¿Es para oirme confesar, que quedo sola en el mundo, sin un solo sér que ponga in-

teres alguno en mí? ¿que el asilo en que estoy se me ha dado por caridad, y que si mi vida se alarga, me será menester, para proveer á mi subsistencia, combatir una constitucion débil, disgustos inconsolables, y una reputacion manchada por infames imputaciones?

No, no, exclamó Mortimer arrojándose de nuevo á sus pies, jamas sufriré que seais víctima de la miseria. No, aun cuando fueseis culpable, como yo he sido tentado á creer, la muger á quien habia dado mi corazon, jamas se verá expuesta á la necesidad. Yo no creo, ni puedo creer que quierais engañarme. Hay en vuestras palabras una elocuencia seductora, que me persuade que habeis sido el ludibrio y la víctima de una traicion. Yo no puedo daros una prueba mas fuerte de mi confianza, que estrechandoos de nuevo á no tener conmigo sino una misma reputacion, una misma fortuna y un mismo destino.

La firmeza con que Amanda habia sostenido hasta entónces su conversacion y su conferencia con Mortimer, se desvaneció en este momento, y se deshizo en lágrimas, por ver en la conducta de Mortimer un rasgo de generosidad. A pesar de las apariencias que estaban contra ella, se remitia á la seguridad que le daba de su propia inocencia. El se determinaba á correr todos los peligros á que le arrastraba

su union con ella, para sacarla de la desgraciada situacion en que se hallaba; pero miéntras la sensibilidad de Amanda estaba conmovida, su orgullo estaba alarmado; ella temia que Mortimer no pensase que la apología que acababa de hacerle habia tenido por objeto volverle á atraer á sí.

Para apartarle de esta idéa, si hubiese podido formarla, emprendió persuadirle, que en adelante ella no podia tener con él ninguna estrecha amistad. Lord Mortimer atribuyó lo que le dijo en este sentido, al resentimiento que tenia aun contra él, por las dudas que habia dejado ver, y él no quiso levantarse hasta que no le hubiese concedido su perdon.

Os perdono, dijo ella, vuestras sospechas aunque me hayais ofendido hasta el corazon; ellas no pueden admirarme cuando me acuerdo de las diferentes situaciones en que he sido sorprendida; y que podria explicaros, si quereis darme algunos momentos. Lord Mortimer le manifestó un gran deséo de ser instruido de las circunstancias que el solo temor de fatigarla ó agitarla le habia impedido suplicárselo hasta entónces. El se sentó á su lado, la tomó de las manos, y escuchó atentamente su relacion.

Entónces le contó en pocas palabras como Fitzalan, despues de la muerte de su muger, habia ido á establecerse

en Devonshire: como habian hecho conocimiento con Belgrave, que se les habia presentado como el amigo y protector de Oscar, y como los habia sumergido en la miseria, cuando ella hubo no sólamente resistido á sus insolentes proyectos, sino manifestado su resentimiento por ellos.

En seguida le contó la manera artificiosa con que Lady Greystock la habia sacado del lado de su padre; el frio é insolente recibimiento que habia tenido de la marquesa y de Lady Eufrasia su hija; el odio de la marquesa á Fitzalan, la repentina mudanza sucedida en la conducta de la madre é hija para con ella; el ofrecimiento súbito, inesperado y sin motivo que se le habia hecho de ir á vivir en la casa del marques, circunstancias que le daban motivo á creer que la marquesa tenia desde entónces el proyecto de introducir al coronel Belgrave en la casa: en fin, ella le dijo que las sospechas injuriosas que Lord Cherbury habia formado contra Fitzalan, se las habia probablemente inspirado la marquesa.

Lord Mortimer interrumpió á Amanda en esta situacion para participarle su conversacion con Mistriss Jánes en la sala. Amanda levantó los ojos al cielo penetrada de admiracion por una tal maldad; pues, dijo ella, aunque haya sospechado siempre de la rectitud de esta muchacha

jamas la habria creido culpable de tal bajeza.

Lord Mortimer le dijo aun lo que Lady Greystock habia contado de las conversaciones de Mistriss Jennings, y lo que la ama de llaves le habia dicho á él mismo del billete de banco que habia incluido en su casa.

¡Justos cielos! exclamó Amanda, á medida que conozco el número, la rabia y artificios de mis enemigos, me admiro mas de no haber sucumbido del todo á sus golpes. Ella entónces continuó sus relaciones: explicó la causa del odio que Mistriss Jennings le tenia, y del modo con que ella habia caido en poder del coronel Belgrave y su milagrosa libertad, la acogida llena de bondad que le habia hecho el viejo Howell, y su situacion y la de su padre á su llegada á Carberry-Castle. Ella no pudo pasar adelante, sus suspiros y gemidos se lo impidieron. Lord Mortimer la apretaba dulcemente contra su seno, y la llamaba su amable y desgraciada Amanda, mas querida que nunca de su corazon, declarándole que no la dejaria hasta que no le diese derecho de defenderla, y ponerla al abrigo de los complots de sus enemigos. Ardientes lágrimas corrian sobre las mejillas de Amanda, y exclamó: lo que pedis es imposible; yo lo he prometido á mi padre moribundo, él ha recibido mi promesa y no la vio-

laré, y mi resolucion, Milord, es que esta conferencia sea la última.

¡Qué promesa! exclamó Mortimer. Ciértamente no hay sér alguno bastante inhumano para haber hecho prometer abandonarme. No es la inhumanidad, continuó Amanda, la que ha exigido de mí esta promesa, y yo ofenderia el honor, la equidad y la razon violándola. Solo un suceso puede hacerme ceder á vuestros deséos; este seria que yo pudiese traeros una fortuna igual á la vuestra, á fin de que Lord Cherbury no pudiese acusarme en mi conducta, como dictada por el interes personal; y como suceder esto es imposible, tambien lo es el poder jamas reunirnos. Despues de esto, vos debeis conocer, Milord, que continuando en verme me hariais injuria: no me turbeis pues en mi retiro; pero ántes que me dejeis, permitidme que os diga que habeis aligerado el peso que oprimia mi corazon dando crédito á lo que os he contado de mí misma. Si sucumbo á mi enfermedad, me consolaré al morir con el pensamiento de que habeis reconocido mi inocencia, y si vivo, sacaré algun valor para superar las dificultades de la vida, con el pensamiento de que si aquellos cuya opinion me importa se acuerdan de mí, es concediéndome su estimacion.

Lord Mortimer vivamente penetrado de lo que ella acababa de decirle, se le ani-

maron mas sus ojos; él le declaraba de nuevo que no dejaria sacrificar su felicidad á una generosidad escrupulosa y novelera; cuando la superiora y sor María, volviendo de la capilla donde habian oido un sermon de su ministro, entraron con una luz en la mano cada una.

Lord Mortimer turbado se levantó y retiró á la ventana, sacando el pañuelo para ocultar su conmocion. Amanda no se encontró en estado de hablar á la superiora ni á la hermana, que se miraban una á otra, inciertas de si entrarían ó se retirarían. Vuelto en sí Mortimer de su turbacion, se acercó á la superiora, y se excusó de haber entrado en su aposento bajo el pretexto de que tenia el honor de ser amigo de Miss Fitzalan, y no habia podido resistir al deseo de venir él mismo á saber noticias suyas á su llegada.

La superiora á quien los usos del mundo no le eran desconocidos, recibió sus excusas con desembarazo y política. Sor María se acercó á Amanda y la encontró temblando y toda llorosa; ella le manifestó toda su pena de verla en este estado, y la obligó á beber un poco de vino para sostenerse. La luz que habian traído dió á Mortimer la facilidad de observar en el semblante de Amanda los estragos del disgusto y de la enfermedad. La palidez de su color, sus ojos hundidos y oscurecidos le penetraron dolorosa-

mente. ¡Gran Dios! dijo él acercándose á ella y tomando su mano, temo que os encontráis muy mala.

Ella le respondia con una triste mirada, que parecia decirle que se engañaba. Los esfuerzos que habia hecho para hablar con él tanto tiempo, y la violencia para desterrarle para siempre de su presencia, habian fatigado sus fuerzas entéramente.

Despues de tantas desgracias y sufrimientos ¡cuán dulce le habria sido recibir los cuidados de Mortimer! ¡Qué agradable y delicioso asilo el de hallarse en sus brazos! Pero ni el aspecto de esta dicha, ni el de las privaciones á que se entregaba eran capaces de hacerle faltar á las promesas que habia hecho á su padre.

En efecto está muy mala, dijo Sor María, es preciso ponerla en cama lo mas pronto posible. Ella sin duda tiene necesidad de reposo, dijo Lord Mortimer; pero decidme, mi querida Miss Fitzalan, si estas buenas señoras me permiten volver aquí mañana, ¿podré veros? Eso es imposible, le respondió Amanda; os he manifestado ya que esta conferencia era la última que os permitiria. Nada me hará mudar de resolucion.

Si vos insistis en rehusarlo, dijo Mortimer olvidando las personas presentes en la violencia de sus sentimientos, yo os podré

acusar de disimulo, pues tendré motivos para creer que el interes que me habeis manifestado no le habeis jamas sentido. Una tal reconvenccion me conmueve poco, replicó Amanda; puede ser será feliz para vos creerla justa. ¡Cruel, continuó él, rehusar verme! ¡prolongar á vuestra voluntad los tormentos de mi corazon!

Joven, dijo la superiora con un tono que manifestaba su descontento, ved las lágrimas que haceis derramar, y respetad su dolor. ¡Ah señora, replicó Mortimer, respetar su dolor! Seguramente le respeto; pero, mi querida señora, cuando Miss Fitzalan se encuentre mejor, exijid de ella que os instruya de todas las circunstancias de nuestra amistad, y vos misma sereis mi abogada para con ella, y aun la persuadireis á que reciba mis cuidados.

Yo no puedo, dijo la superiora, desear tener mas parte en la confianza de Miss Fitzalan de la que ella quiera concederme: soio os diré que despues de lo que de ella sé, creo su conducta arreglada siempre á la razon y á la discrecion; que me ha obligado sobre manera eligiendo por asilo este humilde retiro, y que habiéndose puesto bajo nuestra proteccion, corresponderé á su confianza, defendiéndola de toda especie de persecucion.

Y bien, señora, dijo Mortimer, yo me li-sonjéo de que Miss Fitzalan me hará la

justicia de declarar que en la visita que le he hecho he tenido motivos á los cuales no puede ceder, pero tampoco puede condenar. Yo no os importunaré mas tiempo con mis instancias; pero esperaré que una y otra no sereis siempre inflexibles.

Entónces tomó su sombrero, y se fué hácia la puerta; pero hechando una mirada á Amanda no pudo ménos de decirle una palabra, y se acercó á ella. Le suplicó que se calmase y tomase ánimo; le pidió perdon del calor de que se habia dejado llevar, y le aseguró que en adelante no tendria felicidad en la tierra sino viviendo con ella. Le suplicó le diese la mano como señal de una mutua amistad. Ella consintió; pero cuando volvió á pedirle el permiso de verla la encontró inexorable, y se retiró muy triste. Sor María le acompañó hasta la puerta, y él le suplicó le acompañase algunos pasos mas, porque tenia alguna cosa que decirle. Ella consintió en ello; pues acordándose que este era el mismo que le habia dado miedo una tarde en las ruinas, tenia el proyecto de preguntarle el motivo que le conducia allí.

Lord Mortimer, que conocia la pobreza de la casa, temia que Amanda careciese de muchas cosas que no se le podrian proporcionar. Para subvenir las sacó su bolsillo y lo presentó á sor María, suplicándole emplease el dinero á proveer las necesi-

dades de Miss Fittzalan, sin decirle cosa alguna. Sor Maria sopesó el bolsillo. ¡Ay Jesus! dijo, y ¡qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando le detuvo diciéndole: esperad; tengo que deciros una palabra: ¡cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió.—Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo. ¡Ay Jesus! dijo ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se sonrió y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer, nada contestaba, y se alejaba; pero ella corrió hasta cerca de él, y arrojó el bolsillo á sus pies y huyó.

Vuelta á entrar, contó á la abadesa lo que le habia pasado, y le hizo un mérito de haberle rehusado. Amanda y la abadesa lo alabaron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida y puesta en cama, y á donde Sor Maria trajo la suya para verla y cuidarla con mayor esmero.

CAPITULO IV.

Ahora debemos explicar la llegada repentina de Lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que

le hemos dejado en Lóndres profúndamente aflijido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no se desminuia ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia. El se consumia de tristeza, y huía de la sociedad. Al último le vino al pensamiento de que aunque Amanda se hubiese dejado desencaminar miseráblemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al coronel Belgrave. Le parecia que encontraria un alivio á sus penas si supiese en qué habia parado, y si era posible arrancarla de su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viaje á Irlanda, é ir á ver al capitan Fittzalan, y si no habia aun vuelto á su padre, consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

El dijo á Lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viaje al pais de Gáles. El padre convino felicitándose interiormente de no tener que temer mas de Amanda, y lisonjéandose de que Mortimer á su vuelta á Lóndres no rehusaria ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le hubiese esperado al fin, mién-